

## La mansión de Ricardo Cortés

---

*“Las cuatro torres de la plaza eran de mármol blanquecino, algo cenizo. Hacían de esquinas en un rectángulo imaginario y cercaban un pequeño abetal de árboles ajados, canosos y famélicos. La terraza del bar de Miguel se apoderaba a gusto de la acera derecha, según te orientabas con la vista en dirección a la fuente central, a la que por decreto, ya no se sabe si de ley o no, se le había colocado un cartel de ‘se acepta el baño de animales’.”*

Que el agua fuera para los perros, únicos usufructuarios, fue una iniciativa secundada por los jóvenes del instituto Goya, enfrentados con Miguel en posición, por eso de estar al otro lado, pero unidos por una relación plácida de descuentos y ofertas que premiaban la fidelidad en los bocatas. Justo arriba, un césped vallado con arcos de hierro aragonés protegía el acceso a los bancos, los de sentarse, y solo permitía su entrada a través de un empedrado de adoquines, igual que el mar en una península.

No hacía falta poner otro cartel en la plaza para advertir que el banco más alejado tenía nombre y apellido. Don Ricardo Cortés se sentaba ahí todas las mañanas, sobre las 10:30, a leer los versos de poetas que en su tiempo lucharon por la libertad de los países latinos. Cambiaba a diario de autor y rara vez repetía una misma antología porque tenía una destreza inusual, en su ya entrado sesenta y ocho aniversario, para declamar cualquier soneto con apenas tres lecturas. Luego, en cambio, se fue haciendo más íntimo de algún que otro libro y empezó a suscitar la extrañeza de aquellos que más lo conocían.

- Don Ricardo, una semana seguida con Cortázar, ¿tanto le ha gustado?
- Se equivoca usted, es la primera vez que cojo algo de Julio

Estas pequeñas incoherencias se fueron acrecentando a medida que don Ricardo dejó de lado la moda y combinó sombreros de ala ancha y alpargatas de ir por casa, bigotes cortados con mesura y blusones de pijama a medio abotonar. Quien lo veía no evitaba rumorear sobre las causas que habían llevado al “pelaire”, como lo llamaban desde que llegara a la ciudad en su diecisiete cumpleaños, a descuidar su aspecto y a llamar la atención por sus despistes inoportunos. Pero apenas entró el verano a socarrar a los escuálidos abetos, Ricardo Cortés regresó a sus buenos hábitos y turnaba las boinas, bombines y jipijapas con acierto, además de llevar impolutas las camisas de seda y bien planchados los pantalones de lino blanco. Ni un rasguño en el afeitado, ni medio pelo del mostacho fuera de su sitio.

- Don Ricardo, ¿quién es su escritor favorito? –le preguntaban a menudo los alumnos que salían a almorzar. Las clases de literatura avivaban su interés.
- Hay tantos que no podría decidirme por uno en concreto –solía replicar–, aunque al final acabas picando un anzuelo. Me pasó igual con Maite, mi esposa, que me pescó en el 70 por testaruda e insistente, y eso que lo que a mí en realidad me apetecía era conocer a todas las muchachitas que correteaban por mi alrededor. Yo era un galán pero, siendo sincero, nunca podría haber tenido nada mejor.

Nadie supo de María Teresa Sanchón, esposa de don Ricardo, hasta el día en que llegó la primera recaída. Miguel se peleaba con sus sombrillas cuando vio que el pelaire se levantaba, andaba de lado a lado y volvía de nuevo a su banco entre murmullos y quejas confusas.

- ¿Le puedo ayudar en algo, don Ricardo?
- ¿Qué me diría, Miguel, si le explicara que sé ciertas cosas pero no consigo recordar cómo ir hasta ellas? Procuero pensar en cuándo compré mi casa y solo logro verla ahí, amueblada, con el pocillo en la entrada repleto de llaves y una gotera en la

cocina que hace llorar de frío a las paredes. Procuero pensar en las fotografías del salón, en el coche del garaje o en si fui yo quien cambió la televisión. Intento volver a esos puntos y siento como si tocara el metal de un enchufe con los dedos mojados. Tsss, tsss.

La cabeza de Ricardo era una mansión de mil habitaciones. Él se encontraba en el pasillo y veía sus recuerdos dentro de cada una de ellas. Quería meterse en alguna pero daba igual que se acercara sigiloso o que corriera para lanzarse justo antes porque las puertas se iban cerrando de golpe, dejándole en tierra de nadie y a oscuras. Menos mal que Maite apareció de repente en ese ‘hall’, y no en uno de los cuartos, para agarrar del brazo a su esposo y mirar cómplice a Miguel Maestro.

- Cariño, ya está aquí tu mujer –dijo, remarcando “mujer”, como si hiciera falta darle un singular énfasis que lo destacara del resto.

Ricardo sabía de sobras que esa dulce sesentona, sencilla, avispada y de buenos modales le había despertado con un desayuno horas antes como para nutrir a un regimiento de caballería, incluso que dormía con calcetines de lana puestos pese a que se cocieran sus exiguos pies a fuego lento. Pero cuando se levantó del banco, cogido por su mano, quiso recordar de nuevo cuándo se conocieron y su cabeza descargó con furia una garrampa. Tsssssssssss. Ricardo volvió a hacerlo. Subió varias escaleras de su mansión en busca de ese momento y, a dos pasos de la habitación exacta, la luz se quebró y oyó un sonoro portazo.

Los meses siguientes sufrió varios achaques severos por el Alzheimer. Él decía que tenía termitas en las neuronas por haber leído tanto, como si se estuviera jugando una partida de comecocos y Pacman se apoderara de todas las bolas luminosas; a veces con un turbo de cien por hora, a veces lento y flemático. Don Ricardo no modificó conducta alguna y continuaba la lectura de sus versos en el banco de la plaza a pesar de que esta,

por ordenanza municipal, se derruía para abrir paso a una estación de trenes, de esas que conectan con la principal.

- Buenos días, don Ricardo –lo saludó una mañana Álvaro–. Voy a quedarme un rato aquí porque entre el ruido de las obras y el polvo que sueltan no hay quien pasee.
- Como quiera, me gusta la compañía juvenil de tanto en tanto, aunque me da a mí que usted ya roza la treintena. ¿Esposa, hijos?
- Treinta y dos para ser exactos. Eso mis años, porque esposa e hijos... unos cuantos menos. Uno de cada, cosa que agradezco. Si conociera a Paola y a Adrián entendería que es una suerte tenerlos, pero ella cunde como toda mujer por tres y el otro come y llora veinte horas al día, así que me conformo. Ambos tienen una vitalidad increíble, estoy seguro de que le encantaría conocerlos.
- Claro que sí. Tráígalos, si es que todavía queda en pie este banco. A la velocidad a la que tiran y construyen esas máquinas, me temo que la próxima vez que venga me encontrará sentado en el suelo.
- Le tomo la palabra, don Ricardo. Para que se acuerde entonces, me llamo Álvaro.

En rara ocasión se acordaba entonces el pelaire de que su hijo, Álvaro Cortés, lo frecuentaba a diario. Tampoco de que Adrián y su madre Paola lo acompañaban cuando este andaba ocupado en sus proyectos de investigación. De cualquier modo, siempre había algún miembro de la familia durante los ratos taciturnos en los que el abuelo se perdía dentro las historias de sus poetas latinos.

Como bien temía don Ricardo, las obras de la plaza eran una vorágine de cambios y reestructuraciones. En apenas un año no quedaba ni una breve reseña de lo que en un tiempo fue aquel lugar: ni el banco sin cartel, ni la cafetería, ni el colegio. Tampoco sus árboles. En realidad, solo don Ricardo era la muestra autóctona, por muy pelaire que

fuera, que indicara que debajo de esos raíles antes había tierra, raíces y agua. Pero eso a nadie le importaba ya.

A mediados de un noviembre abrigado, la familia Cortés al completo se reunió en torno al metro de suelo sobre el que antes reposaba aquel banco. La mansión de Ricardo casi no gozaba ya de habitaciones abiertas y todos los pronósticos médicos apuntaban a que pronto cerraría la última. Su mente estaba muda, no reconocía a quienes con tanta medida lo cuidaban ni sabía diferenciar a los autores de sus relatos favoritos. Tanto Maite como Álvaro consideraron que la antigua plaza merecía una despedida plausible porque quizá ya no hubiera otro momento para hacerlo, al menos junto al abuelo.

- Es curioso –comentó Álvaro–, cierro los ojos y soy incapaz de recordar cómo era la fuente, ¡ni la verja que lo rodeaba! Nada de nada. Sé que había hierba por ahí –y señaló una zona que ahora era un mostrador de información–, pero no sabría decir exactamente dónde estaba.
- A mí me sucede igual –le respondió Paola–. Parece mentira, toda la vida en este sitio y por mucho que lo intento imaginar solo veo lo que tengo delante.

Don Ricardo, que permanecía aislado en alguna rendija de sus pensamientos, pareció importarle aquel despropósito de no recordar algo tan sustancial.

- Yo lo recuerdo como si estuviese ahí ahora mismo. Las cuatro torres de la plaza eran de mármol blanquecino, algo cenizo. Hacían de esquinas en un rectángulo imaginario y cercaban un pequeño abetal de árboles ajados, canosos y famélicos. La terraza del bar de Miguel se apoderaba a gusto de la acera derecha, según te orientabas con la vista en dirección a la fuente central...

*(Seudónimo: Miguel Lora)*